

La lectura de hoy de la carta de Santiago es de una sección más amplia que está dirigida a personas que puedan sentirse llamadas a ser maestras. Los judíos tenían un gran respeto por los maestros. Nuestra sociedad necesita tener más respeto por los maestros. Sin embargo, en esta sección de su carta, Santiago advierte a sus lectores: "No se hagan maestros muchos de ustedes, sabiendo que recibiremos mayor condenación. Porque todos ofendemos muchas veces". Enseñar la fe a los jóvenes y a los inexpertos es un gran llamamiento, pero aquellos que son llamados a enseñar tendrán que vivir a la altura de un estándar más alto. Con un gran poder viene una gran responsabilidad. Santiago advierte a los que enseñan que sean conscientes de que el precio del fracaso puede ser alto. Puede que ese no sea el mejor mensaje para enviar el fin de semana cuando honramos a nuestros catequistas para el domingo catequético, pero la iglesia está depositando una gran confianza en los catequistas para formar a sus hijos en los caminos de la fe. Sin embargo, estoy seguro de que todos harán un gran trabajo y gracias por asumir esta importante vocación.

La preocupación de Santiago por los maestros está relacionada con los peligros asociados con el poder del habla. Esta sección de su carta está llena de advertencias y aunque no se incluyó en el ciclo de lecturas que hemos escuchado de Santiago, quiero hablar un poco sobre ello. Se aplica a cada uno de nosotros, seamos o no maestros. Santiago estaba muy preocupado por el poder del habla. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad y la forma en que usamos nuestras palabras puede hacer un gran bien o causar un gran daño. Permítanme compartir con ustedes un poco de lo que escribió James: "Ninguna persona puede domar la lengua. Es un mal inquieto, lleno de veneno mortal. Con él bendecimos al Señor y Padre, y con él maldecimos a los seres humanos creados a imagen de Dios. De una misma boca proceden bendiciones y maldiciones ". Si Santiago estuviera escribiendo esta carta hoy, sin duda incluiría formas de comunicación electrónica como el correo electrónico y las redes sociales.

Hay todo tipo de direcciones en las que podría ir con esto, pero me voy a centrar en un pecado del habla que muchos de nosotros simplemente hacemos pasar por no ser gran cosa: el chisme. Esto es lo que dice el libro de Sirach sobre el chisme: "Malditos sean los chismes y los de doble lengua, porque destruyen la paz de muchos". Los teólogos morales a menudo colocarán el chisme bajo uno de dos mandamientos: el octavo y el quinto mandamiento, mentir y asesinar. Cuando nos involucramos en el chisme, es muy fácil estirar la verdad o decir cosas de una

manera que no representa con precisión la verdad; eso es mentira. El chisme también es un asesinato porque puede destruir la buena reputación de una persona. Incluso cuando lo que compartimos es la verdad, a menudo cotilleamos sobre cosas que no es necesario compartir. Y una vez que decimos algo, no tenemos control sobre lo que la siguiente persona hace con él. El chisme tiene el potencial de romper dos mandamientos; debemos tratarlo como un pecado más grave de lo que solemos hacer.

¿Qué es lo que impulsa los chismes, especialmente los tipos de chismes más viciosos? ¿Posiblemente envidias y rivalidades? ¿No chismeamos a menudo para hacer que los demás parezcan menos y para hacernos mayores? ¿No lo hacemos a menudo por resentimiento por la buena fortuna de otro? O tal vez simplemente lo hacemos para crear problemas porque nos gustan los conflictos. Santiago aborda esto en su carta. Él considera las envidias y rivalidades como tipos de sabiduría ... pero este no es un tipo de sabiduría del que debemos estar orgullosos: "Si tienes envidias y rivalidades en tu corazón, no te jactes y seas falso a la verdad. La sabiduría de este tipo no descende de arriba, sino que es terrenal, no espiritual y demoníaca".

A veces se hace referencia al diablo como el divisor. Estaba motivado por la envidia. Cuando actuamos por envidia y ambición egoísta, preocupándonos solo por nuestro propio bien personal sin pensar en lo que es bueno para los demás, estamos siguiendo el camino del diablo. Cuando chismeamos sobre otros por envidia y ambición egoísta o simplemente porque queremos provocar problemas, estamos siendo pequeños demonios.

Santiago nos dice hoy: "donde existen las envidias y rivalidades, ahí hay desorden y toda clase de obras malas." Luego pregunta: "¿De dónde vienen las luchas y los conflictos entre ustedes? ¿No es, acaso, de las malas pasiones, que siempre están en guerra dentro de ustedes? Ustedes codician lo que no pueden tener y acaban asesinando. Ambicionan algo que no pueden alcanzar, y entonces combaten y hacen la guerra." Cuando seguimos la sabiduría del diablo, el celoso, el egoístamente ambicioso ... cuando difundimos chismes y calumnias y arrastramos a otros para construir nuestro orgullo ... ¿cómo podemos esperar otra cosa que no sean guerras y conflictos?

En esta misma carta, Santiago nos da el antídoto para la sabiduría terrenal: la sabiduría celestial. "Pero los que tienen la sabiduría que viene de Dios son puros, ante todo. Además, son amantes de la paz, comprensivos, dóciles, están llenos de

misericordia y buenos frutos, son imparciales y sinceros." Este tipo de sabiduría se expresa viviendo una buena vida. No solo le decimos a la gente lo sabios que somos, demostramos nuestra sabiduría por la forma en que vivimos nuestras vidas. La sabiduría celestial, por supuesto, está perfectamente ilustrada por Jesús.

Jesús nos muestra la verdadera sabiduría. Los celos y la ambición egoísta tienen que ver con ponernos a nosotros mismos en primer lugar. Jesús dice que si queremos ser verdaderamente grandes en el reino de Dios, tenemos que convertirnos en siervos, tenemos que anteponer las necesidades de los demás. No nos está diciendo que seamos descuidados; nos está diciendo que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos ... que tratemos a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros mismos. Lo demuestra poniendo sus brazos alrededor de un niño y diciendo: "El que recibe a un niño como este en mi nombre, él me recibe a mí; y el que me recibe a mí, no me recibe a mí, sino el que me envió". Recibir un pequeño es aceptar, servir con amor y cuidar a quienes más lo necesitan y no pueden pagarlo. Recibir "en el nombre de Jesús" es acoger a una persona así por amor a Jesús y por deferencia hacia él. Jesús se identifica con los más insignificantes a los ojos del mundo, tanto que él mismo está misteriosamente presente dondequiera que sean recibidos. Servir a los más pequeños entre nosotros según la sabiduría del cielo contrarresta la sabiduría del diablo y nos permite ayudar a Jesús a hacer del cielo una realidad en la tierra.

Mientras nos preparamos para recibir el verdadero cuerpo y la sangre de nuestro Señor en la Sagrada Comunión, pidamos que expulse la sabiduría del diablo y la reemplace con la sabiduría del cielo.